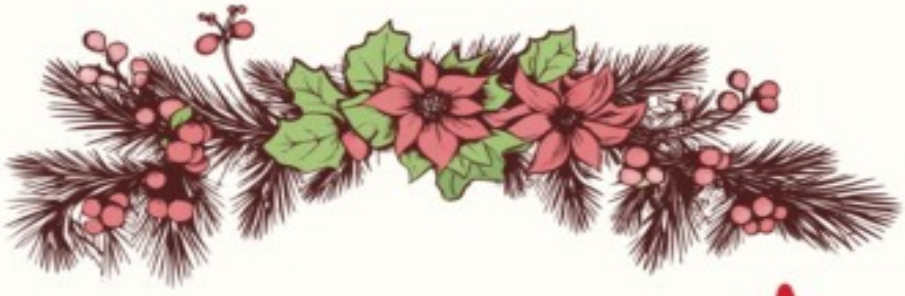
MEERA KEAN



CÓMO NO ARRUINAR NAVIDAD



*Este libro es un complemento de **Cómo no superar a tu ex**, un romance contemporáneo entre una chica con el corazón roto que encuentra el amor en su compañero de piso, que resultó ser su crush de la infancia. Las historias que encontrarás narran los años posteriores al final de **Cómo no superar a tu ex**, por lo que es necesario leerlo para disfrutar de la experiencia y evitar spoilers.*

UN MES DESPUÉS

ELLIS

Era la cuarta vez que me mudaba en los últimos dos años. Se suponía que, al estar a punto de cumplir los veintitrés, ir de ciudad en ciudad sería interesante. Pero lo único que deseaba era no tener que mover el culo de un apartamento a otro nunca más en mi vida.

«Compraré una casa cuando vuelva a tener dinero».

—Esta es la última caja —dijo Kirian, y la dejó en medio del salón.

Si Kirian me echaba una mano, tardaría menos en ponerlo todo en su lugar, aunque su concepto de ayuda era solo dar órdenes para que yo fuera más «eficiente». No servía de mucho.

—Estoy agotada —dijo Shanon al caer en uno de los sofás.

—No has hecho nada.

—Existir cerca de ustedes es un trabajo agotador.

—No cargaste ni una bolsa.

—Estaba ocupada organizando nuestra próxima reunión. —Disimuló al volver a su teléfono.

Imposible. El lunes pasado fijamos fecha y hora para la reunión con los inversionistas de nuestro nuevo proyecto, así que era fácil notar que estaba mintiendo para no hacer nada.

Kirian se sentó a mi lado en el otro sofá, sacó el Kindle de Dios sabe dónde y se puso a revisarlo.

—Escucharlos pelearse sí que es agotador —dijo—. Debería haber aceptado la invitación de mi familia a pasar Navidad con ellos.

—¿Y que tu padre vuelva a atormentarte para que tomes el puesto de CEO en su empresa?

—Es mejor que seguir viendo tu cara de frustración durante el fin de semana. Ya te soporté el último mes en mi casa.

—No estoy frustrado.

—Pareciera que estás a punto de ponerte a llorar cada cinco minutos —intervino Shanon.

—¿Llorar?

—Y te sobresaltas cada vez que suena tu teléfono.

—Estoy esperando una llamada importante de mi antiguo jefe.

—Andas desesperado porque hace tres semanas no sabes nada de Alex.

A Kirian se le daba de maravilla construir una conversación para poner el dedo en la llaga. Shanon alzó la cabeza.

—¿Hace cuánto fue que tuvieron una cita?

—Solo salimos a comer —mascullé.

—Pero tú pensabas que era una cita —se burló.

—Hasta que ella dejó claro que no.

La vergüenza y la decepción me perseguían desde el instante en que a mitad de la cena fue muy sincera al poner límites. Quizás no debía haber dicho lo que dije al despedirnos. Quizás fue muy arrastrado de mi parte repetir que la amaba, que nada había cambiado para mí desde que era niño, y que un año y medio solo había comprobado que mi amor nunca desaparecería.

Me escuchó en silencio y me agradeció por la sinceridad, pero dijo que no estaba lista para volver a pensar en nosotros como algo más.

Quizás también fue tonto decir que esperaría a que ella me llamara con tal de guardar esperanza. Desde ese momento me la había pasado pegado al teléfono, y lo haría hasta el fin de mis días. A veces me encontraba a mí mismo mirando a la nada, pensando en cómo sería mi vida si ella decidía que jamás podríamos tener una

relación. Lo había conversado con mi psicóloga y la respuesta era que podía seguir con mi vida.

Tenía un trabajo que amaba, porque el streaming y los torneos habían pasado a ser de un simple ingreso para sobrevivir a algo que de verdad disfrutaba… Eso sin contar los beneficios de altos salarios y lo que pude ahorrar en poco tiempo. Ya tenía los recursos para comenzar a desarrollar, junto a Shanon y Kirian, nuestro nuevo videojuego.

Mi vida profesional iba viento en popa, pero la sentimental daba lástima. Nunca sería capaz de desear una relación física o emocional con alguien que no fuera Alex. Si antes de ella mi experiencia era casi nula, después mi mundo se había cerrado. No podía mirar a otra persona con ninguna intención romántica, aunque mi psicóloga insistía en que sí era posible. Estaba de acuerdo en todo con esa mujer, menos en eso.

—¡Ellis!

Me sobresalté y miré al teléfono en mi mano. Shanon estalló en carcajadas ante mi reacción y vi la media sonrisa de Kirian.

—¡Bien! Estoy que trepo por las paredes esperando a que llame.

—Deberías relajarte, traerme una cerveza y averiguar dónde pasará Alex la Navidad para que le hagas una visita.

Me quedé mirando a Shanon sin dar crédito a sus palabras.

—¿No debería darle espacio?

—Es cierto, deberías. Entonces solo tráeme la cerveza.

—Búscala tú. —Ignoré su mala cara y miré a Kirian—. ¿Tú qué piensas?

—Que deberías dejar de comportarte como un niño inseguro y decidir qué quieres hacer con tu vida amorosa.

—Para empezar, no quiero repetir los mismos errores. La última vez que estuvimos juntos no fui capaz de decirle cómo me sentía, ni a ella ni a ustedes. Me armé historias en la cabeza y las dejé cobrar vida propia, todo en torno a que yo no era suficiente y que ella lo descubriría en algún momento y volvería a dejarme, y... —Exhalé un suspiro—. Estoy pidiéndoles un consejo porque lo necesito. Son mis amigos, dejen de burlarse y ayuden.

Se miraron, sorprendidos. Nunca fui el más comunicativo del grupo, esa era Shanon. Habían aprendido a leer mis estados emocionales. Me sobrellevaban, como nosotros a Kirian, que nunca mostraba ni una reacción humana.

—Si me traes una cerveza, quizás te doy un consejo —dijo Shanon.

Le dediqué una mirada asesina y puso los ojos en blanco. Se fue a la cocina a buscar su cerveza. Kirian apartó la vista del Kindle y me observó.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Pedirle que se case conmigo.

Alzó una ceja.

—Lo sé. Vi lo que compraste la semana pasada en la joyería de…

—¡Cállate! Si Shanon se entera, se burlará hasta el día de mi muerte.

—Vale. Los dos sabemos que no se van a casar.

—Por ahora —especifiqué.

—Si quieres un consejo, deja de hacer bromas —sentenció sin inmutarse—. Dime con sinceridad qué es lo que quieres con ella ahora mismo.

—Que lo volvamos a intentar, de cero.

—Ustedes nunca estarán en cero.

—Pero no quiero arrastrar lo que vivimos.

—Tampoco pueden fingir que no pasó —dijo Shanon, apoyada en el marco de la puerta de la cocina—. Lo que le hiciste pasar a Alex es algo que no se olvida, por mucho que lo intentes.

Y el recordatorio dolía como una cuchillada cada vez que salía a la luz. Me había comportado como un niño pequeño en varias ocasiones y siempre me había perdonado. Así era Alex, única, con un corazón dispuesto a abrirse las veces que fuera necesario para volver a confiar.

—Lo sé, y quiero demostrarle que entendí mis errores, pero si no me lo permite...

—Deja de martirizarte —interrumpió Kirian—. La cagaste. Yo no te perdonaría jamás, pero ella sí, solo que no se va a arreglar con un coqueteo tonto.

—No sé si debería estar tomando consejos del que nos hizo creer que habíamos follado borrachos y tuvo meses para aclarar la situación, pero decidió no hacerlo.

Volvió a mirar su Kindle.

—No me culpes por disfrutar de una broma ocasional.

Me dieron ganas de patearlo, pero Shanon carraspeó para llamar mi atención.

—Haz lo que tengas ganas de hacer. No trates de demostrar que eres lo contrario a lo que eras antes. Se nota sin que te esfuerces. —Me dio una media sonrisa—. Tampoco te la pases fantaseando con lo que puedes o no hacer. Vive y... —Resopló—. No puedo creer que vaya a decir una frase tan estúpida, pero... déjalo fluir.

—Y recuerda que a Alex no le gustan las flores caras ni las personas que resuelvan su vida —añadió Kirian, y recordé el día de la exposición de su tesis, cuando tiré por la borda lo poco que habíamos construido.

—A Alex le gustaba que fuera yo mismo —murmuré—, que estuviera ahí para ella. Nunca me pidió más.

❄

Apagué el motor y me quedé mirando la casa al otro lado de la calle. Finos copos de nieve danzaban con la brisa: la nevada de la noche anterior había dejado el paisaje blanco, y la casa adornada con guirnaldas y flores de Pascua parecía sacada de una comedia romántica navideña, esas que Alex amaba.

Estar ahí era una mala idea, pero ya había hecho varias locuras en una misma tarde como para llegar al destino y dar marcha atrás.

«Se enojará».

Había aparecido en su vida de un momento a otro diciendo que quería recuperarla. Era egoísta esperar que me recibiera con los brazos abiertos.

«Lo mejor es que me vaya».

Sin embargo, me bajé del auto.

«Esto es una mala idea».

Crucé la calle tan distraído, que si pasaba un camión, me habría atropellado.

«Así no tendré que enfrentarme a ella por haberla cagado… de nuevo».

Ese pensamiento fue suficiente para robarme la valentía. Di media vuelta, pero el sonido de una puerta al cerrarse me paralizó.

—¿Ellis?

Giré sobre mis pies. En el porche estaba Alex, con un pijama rojo y mullido, lleno de motivos navideños. Su pelo castaño caía por un lado de su rostro hasta sus caderas; lo había dejado crecer. Sus ojos, de diferente color, brillaban igual que siempre, llenos de vida, preguntas, ideas, sueños.

«Es perfecta».

—¿Qué haces aquí?

No me quedó más opción que volver sobre mis pasos. Mientras más me acercaba, más se me desbocaba el corazón.

No importaban los años que pasaran, Alex tenía el mismo efecto en mí. Caminar en su dirección traía todos los recuerdos posibles a mi mente: su versión más infantil correteando por nuestro jardín, cubierta de barro en el verano cuando íbamos de acampada. En su uniforme del colegio ayudándome a estudiar en nuestra cafetería favorita. Disfrazada de novia mientras Erika nos casaba usando anillos de papel. Con el vestido de su baile de graduación, brillando más que nadie porque así era Alex. Una estrella deslumbrante que se convertía en el centro de mi universo cada vez que aparecía, e incluso si no estaba a la vista siempre había una fuerza invisible que me llevaba a ella.

Me escocieron los ojos al detenerme a mitad de la escalera que daba al porche. Viéndola así de cerca, quedaba claro que nunca podría dejar de sentir aquel cosquilleo en el estómago con solo respirar su mismo aire.

«¿Cómo era posible amar de esa manera?».

❄

ALEX

Estaba entretenida con las gemelas de Juliette, la novia de mi madre, organizando los regalos bajo el árbol, cuando mamá me llamó. Se encontraba junto a la ventana y me pidió que sacara la basura. Por mucho que le dije que lo haría después de cenar, siguió empecinada.

Al salir por la puerta delantera entendí el motivo de su insistencia. Cruzando la calle en dirección a su auto estaba…

—¿Ellis?

Se detuvo en seco y giró a verme. La ropa negra que llevaba se veía demasiado bien contra el paisaje nevado, y los tatuajes que subían por su cuello sobresalían por encima del jersey. Por su culpa me habían empezado a gustar los tatuajes.

—¿Qué haces aquí?

Frunció los labios y se sonrojó. Regresó y se detuvo frente a mí. Como pocas veces, quedamos a la misma altura cuando se detuvo dos escalones más abajo.

—Yo...

Tragó con dificultad y se removió en el lugar. Mantenía las manos a su espalda, como si ocultara algo.

—¿Te ibas a ir sin saludar?

Abrió y cerró la boca varias veces, como pez fuera del agua.

—Cambié de idea —murmuró al bajar la vista a sus pies—. No debí haber venido.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Yo...

Se llenó de valor para mirarme. Sus ojos azules hicieron que el estómago me diera un vuelco. No quería sentirme así cuando todavía no tomaba una decisión sobre qué hacer con respecto a nosotros. Quizás por eso lo estaba evitando… o porque sabía que, si nos veíamos muy seguido, mis sentimientos no tardarían en ganar la pelea.

—El día que salimos juntos hubo algo que no te dije.

Me quedé esperando a que continuara. Se veía más nervioso que el Ellis adolescente.

—No tiene sentido pedirte disculpas de mil maneras o suplicar que me des la oportunidad de demostrar que cambié —dijo con amargura—. No quiero que pienses que me estoy esforzando por recuperarte y ya, o que trato de ser mi mejor versión solo porque estoy luchando por ti. Quiero que sepas que soy consciente de mis errores del pasado, de que te lastimé, de...

—Ellis, eso ya pasó...

—No. Nadie tiene derecho a fingir que está jugando contigo, sin importar lo que hayas hecho en el pasado. Tú me abriste tu corazón una y otra vez, y yo lo arruiné por mis inseguridades, mi inmadurez y mis traumas que no tenían nada que ver contigo. Yo soy el responsable de mis acciones, no los hechos que quedaron atrás.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Yo siempre conocería a Ellis; podía leer sus emociones con solo verlo. Sus acciones nunca fueron para lastimarme, sino para protegerse de ser lastimado. Y pude notar que sí había cambiado, lo supe desde que lo vi en la fiesta de cumpleaños de Carla, su sobrina. Eso me daba miedo.

—No hay manera de arreglar el pasado, pero sigo queriéndote y sé que ahora sé querer mejor, de la forma en que tú lo mereces. —Forzó una sonrisa—. No estoy en posición de pedirte nada, solo quería decirte lo que no tuve el coraje de aceptar mientras estuvimos juntos, cuando nos separamos y hace tres semanas.

Sacó las manos de detrás de su espalda y me mostró una rama de cerezo a la que le quedaban dos flores.

—Feliz Navidad, reina del baile.

—¿Dónde las encontraste?

—Del cerezo de nuestro pueblo.

—Fuiste de la ciudad al pueblo y luego viniste hasta aquí solo para...

—¿Darte flores? —Me mostró las palmas con un par de rasguños —. También trepé al árbol y casi me caigo.

Contuve la sonrisa y miré las flores. Las sostuvo entre nosotros sin apartar la mirada. Si él estaba siendo sincero conmigo, era justo que yo hiciera lo mismo.

—Me han lastimado de muchas maneras —confesé—. Hubo meses en los que pensé que no valía la pena mantener ninguna de

mis ilusiones románticas del amor perfecto. Ya sabes, la familia, bebés, mascotas en una casa en las afueras de la ciudad... Creí que me iba a cerrar para siempre, y rendirme pareció la decisión más inteligente con tal de no volver a sufrir, pero…

—Alexandra Herrera jamás se rinde —interrumpió.

—No estoy dispuesta a que vuelvan a romper mi paz... ni tú ni nadie. Tengo mucho para dar y la persona que yo escoja tiene que saber apreciarlo.

Y aunque no lo dije en voz alta, él entendió que me daba miedo darle una oportunidad a lo nuestro. El Ellis de hace dos años me habría insistido en que nos escogiera; el de ese momento solo asintió.

Tomé la rama seca con las flores sobrevivientes.

—Pensé que esperarías a que yo te llamara. —Entorné la mirada —. Venir aquí no es lo que se considera «darme espacio».

—Darte espacio no significa desaparecer. —Sonrió de medio lado y, aunque trató de que se viera inocente, el brillo juguetón en su mirada lo delató—. A menos que quieras que desaparezca.

—Quizás…

Se inclinó con una elegante reverencia.

—A sus órdenes, mi reina.

Bajó la escalera sin darme la espalda, sonriendo y logrando que le correspondiera. Ese era el verdadero Ellis, mi Ellis.

Giró al llegar a su auto, y miré a la casa a mi espalda. Mamá estaba al otro lado del cristal de la ventana más cercana y corrió la cortina al darse cuenta de que la había pillado espiando.

—¡Ellis! —llamé su atención justo antes de que encendiera el motor—. ¿Quieres quedarte a cenar?

Arrugó el ceño, confundido.

—Estoy segura de que a mi madre le encantaría —añadí un poco más alto y sentí la risa de las gemelas al otro lado de la puerta.

Debían estar tratando de enterarse de mi vida y divirtiéndose con el drama.

Ellis regresó y, al ver la bolsa de basura que había dejado olvidada en el porche, se encargó de llevarla a la esquina. Al volver

tenía las mejillas rojas y se detuvo frente a mí. Tuve que alzar la mirada para verlo a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres que me quede?

Me encogí de hombros.

—Quizás así se me olvida lo que pasó hace dos años en Navidad.

Se puso pálido y soltó una cascada de balbuceos repletos de disculpas. Se detuvo cuando alcé la mano.

—Me refería a que hiciste trampas cuando esquiamos —agregué, para aliviar la tensión.

Apartó la mirada y tuve que aguantarme las ganas de reír. Lo tomé del brazo e hice que entrara a la casa. Era solo una cena, un pequeño paso. No tenía que decidir nada en ese momento, y lo que sucediera en el futuro era incierto.

UN AÑO DESPUÉS

ALEX

Mi proyecto de tesis no era solo un trámite para obtener un diploma, sino también mi primera obra de gran impacto en el mundo de la arquitectura, y estaba por ver la luz.

—Continuarán trabajando en lo necesario dentro de los edificios. Los trabajadores del proyecto del jardín tienen mis indicaciones para…

Hanna Walton puso una mano sobre mi hombro.

—Llevas meses planeando esto. Deja de dar explicaciones.

—Estaré aquí en todo momento. Cada paso que…

—Y basta de correr por la ciudad como pollo sin cabeza. No puedes estar aquí y en tu trabajo a la vez.

Me mordí la lengua. Hanna me trataba como una hija. Podía decir que era por el tiempo compartido y los intereses en común, pero la verdad era que desde que nos conocimos se había comportado como un ángel conmigo. La consideraba una de mis mejores amigas, la más sabia; sin lugar a duda.

—Tampoco deberías estar aquí hoy. Es Navidad.

Le di una tímida sonrisa.

—Solo quería dar el último vistazo del año. Lo juro.

Rechistó y estaba a punto de decir algo, probablemente para mandarme a casa, cuando se le perdió la vista a mi espalda. Su expresión se endureció.

—¿Sabes quién tampoco debería estar aquí? La prensa.

Fotógrafos y periodistas se encontraban al otro lado de la valla perimetral. Estábamos en las afueras de la ciudad, en el medio de la nada, y nunca se consideró necesario levantar protección alrededor de la obra. Pero con el proyecto tan avanzado, parecía que venía siendo hora de hacerlo.

No era solo que la presencia de los Walton en cualquier lugar fuera atractiva, sino que Henry Stewart, encargado del desarrollo de la clínica, también se había vuelto «preocupantemente popular», como había mencionado el señor Walton en una reunión seis meses atrás.

Después de nuestra ruptura oficial, Henry desapareció. Apenas lo vi por meses, a pesar de que parte de mi trabajo continuó siendo en su empresa. Ya no era mi jefe, pero me había resignado a que nos veríamos las caras. Me equivoqué.

Tres meses después de su visita a mi apartamento, apareció en una reunión a la que fui convocada y ni me miró. Así siguió en los demás encuentros hasta que no tuvo más remedio que hablarme y, por mucho que le costó, logró hacerlo como al resto de su equipo.

La tensión cedió. Yo no era el problema, sino él, que comenzó a tomar decisiones cuestionables. El contrato con los Walton disparó la popularidad de su empresa y la mujer con la que salió después de mí lo colocó en la mira de los medios.

Hijo de una celebridad, millonario, soltero y despechado después de que yo lo rechazara... mala combinación porque en algún momento decidió estar en el mercado de las citas, y ya no podía mantener nada en privado. Henry se convirtió en la comidilla de la prensa, incluso lo seguían ocasionalmente, ya que había sido nombrado el soltero más codiciado del país.

La mitad de los camarógrafos enfocaban a Hanna Walton y la otra a Henry.

—Le dije que vendría hoy, que no era necesario que nos viéramos —murmuró Hanna—. Puede que adelante la construcción

del muro perimetral solo por su culpa.

—No lo hace a propósito. No seas tan dura, solo quiere ganarse tu respeto.

Entrecerró los ojos.

—Yo creo que sí es a propósito y no por mi respeto.

Iba a refutar su insinuación cuando un hombre se aclaró la garganta y nos interrumpió.

—Feliz Navidad —dijo Henry al pararse a mi lado—. ¿Las molesto?

—Para nada, señor Stewart. De hecho, voy a ir con sus amigos, los de la prensa, para que salgan de mi propiedad. Parece que su único trabajo es perseguirlo.

—Lo siento. No fue mi intención que…

Hanna lo dejó con la palabra en la boca y acaparó la atención de los periodistas y fotógrafos.

—¿Me va a odiar toda la vida?

—No te odia.

Henry alzó una ceja con gesto escéptico.

—Es solo que no le… agradas —reformulé.

—No pensé que fuera tan rencorosa. Hasta tú me tratas bien.

Exhalé un suspiro.

—No todos somos iguales. —Ladeé la cabeza—. Algunos tienen muy buena memoria.

Pocas veces hablábamos de algo que se acercara a lo que habíamos sido. Los años eliminaron la tensión y la verdad era que ya ni me acordaba de cómo me habían hecho sentir sus acciones. Mi psicóloga estaba de acuerdo con que había superado la «etapa Henry», y no veía mal que la hubiera borrado de mi memoria.

Se aclaró la garganta con cierta incomodidad.

—Hablando de buena memoria. ¿Mañana es el cumpleaños de Erika? —Asentí—. Felicítala de mi parte.

Lo último que mi mejor amiga querría escuchar eran felicitaciones de Henry; el rencor le corría por las venas, aunque pretendía ser pura luz y calma. Ser madre le había permitido soltar su racionalidad infinita. Era positivo, se mantenía en un terreno medio.

—Se lo diré —mentí.

—Y hoy también fue cuando... —Se volvió a aclarar la garganta —. Tú y yo, hace muchos años... ya sabes.

Nuestra relación había empezado por esas fechas, aunque no sabía el día exacto. No entendí por qué sacaba el tema.

—¿Te apetece que tomemos un café? Vine a revisar unos detalles, pero en cinco minutos termino.

El anhelo. Había notado esa expresión en algunas ocasiones, solo cuando perdía su fachada perfecta y trataba de entablar una conversación más informal.

—Tengo que hacer un par de compras para la cena de Navidad. Voy justa de tiempo.

—¿No irás con tu familia al pueblo?

—No, la pasaré con mi novio.

Vi el efecto de las palabras y agradecí que así fuera.

—Feliz Navidad, Henry. Espero que la pases bien.

Si le quedaba algún sentimiento por mí, ya fuera real o fruto de su ego roto al no poder recuperarme, no lo sabía. En cualquier caso, necesitaba ayuda, pero yo no era quién para meterme en eso. Éramos adultos, había pasado mucho tiempo y cada quien debía aprender a cuidarse solo.

❄

ELLIS

Revisé la lista de la compra una y otra vez. La había hecho yo y no Alex. Estaba cansado de que siempre fuera ella quien cocinara mientras yo me ocupaba cortando verduras con sumo cuidado para no hacer un desastre. Mi propósito para el próximo año era conocer todo lo que mi novia usaba en la cocina. De esa forma, tomaba la responsabilidad mental que conllevaba tener la nevera surtida.

—¿Ahora eres el chico de la compra? —se burló Kirian.

Estaba en la estación de trabajo contigua y me miraba por encima de uno de sus monitores. Mi sala de estar se había convertido en una oficina para Kirian, Shanon y yo. Las dos

habitaciones restantes eran para dormir. Espacio suficiente para los tres, que éramos adictos al trabajo. A veces mis amigos pasaban la noche ahí si hacían stream hasta muy tarde o nos quedábamos haciendo horas extra.

Nuestra compañía iba viento en popa, casi terminando el producto que venderíamos a una gran empresa del mercado. Listos para el siguiente proyecto: un videojuego del que nos encargaríamos desde la creación hasta la comercialización. Algo pequeño que nos hacía ilusión.

—Sí, soy el chico de la compra de mi novia. —Escogí no dejarme provocar—. Aquí solo pedimos comida a domicilio y las veces que como algo decente es con ella.

—Te has tomado muy en serio lo de jugar a ser el novio perfecto.

—Soy el novio perfecto. ¿Tienes envidia porque no soy el tuyo o sigues enojado porque tienes que tomar el lugar de tu padre en la empresa?

Su expresión perdió toda chispa de vida.

—Será temporal.

—No lo creo.

—Será solo un año —masculló.

Nunca había visto a Kirian perder el control, ni siquiera con las peleas con su padre o su madrastra. Tenía la capacidad de ocultar emociones y actuar con frialdad. Haber encontrado algo que lo sacara de su zona de confort, que lo hiciera enojar, podía considerarse un milagro.

—Un año… Sí, solo un año —murmuré sin creérmelo y volví la vista a mi computadora—. ¿No dijiste que hoy conocerías a tu asistente?

—En media hora salgo a la oficina para las entrevistas.

—¿Un CEO entrevistando candidatos a asistente?

—No voy a permitir que cualquier inepto trabaje para mí.

—La verdad es que le tengo consideración a la persona que le toque aguantarte como jefe. Apuesto a que no te dura un mes.

—Soy tu jefe y no te he visto tratando de huir.

—La jefa aquí soy yo —dijo Shanon sin mirarnos.

—Le doy un mes a la pobre alma que escojas hoy —insistí.

—¿Es una apuesta? Cien dólares —propuso Kirian.

—Doscientos.

—Te ves muy confiado, Knox. —Me ofreció su mano y la estreché —. Me encantará ganarte.

—¿Esa no es tu novia, Ellis? —intervino Shanon antes de que pudiera seguir provocando a Kirian.

Las luces bajaron hasta que quedamos en penumbra. Sobre la pared blanca que usábamos en las reuniones Shanon proyectó una imagen: era un TikTok donde se veía claramente a Alex con...

—Y ese es su ex —dijo Kirian con voz maliciosa.

Se les veía muy juntos conversando cerca de la construcción del centro de rehabilitación de los Walton. La voz en off del video hablaba sobre la vida amorosa del codiciado millonario Henry Stewart y una sarta de suposiciones sobre sus parejas. Mencionaba a Alex, su cargo como arquitecta y las múltiples veces en que habían sido vistos juntos.

—¿No vas a decir nada? —me presionó Kirian, pero yo no podía apartar los ojos de la imagen.

Alex hablaba con naturalidad. El pelo le llegaba a la cintura y ese día había escogido una falda con botas altas y una chaqueta gruesa. Su piel se veía deslumbrante a pesar de la mala calidad del video.

—Joder —murmuré—. Qué buena está mi novia.

Volví a mi computadora y escuché a Shanon rezongar.

—Eras más entretenido cuando andabas de estúpido inseguro. Sacarte de quicio era más fácil —protestó mi amiga.

—¿No te da miedo que te la quiten? —se burló Kirian.

—Alex no es imbécil.

—Pongo en duda eso... Volvió contigo.

Le lancé una lata de Monster vacía, pero la esquivó.

—Me voy antes. —Se puso de pie y guardó su Kindle en el bolsillo de su traje—. Me cansé de verles las caras.

—Me gustas en ropa elegante. La fachada de hombre de negocios te hace ver más atractivo —me burlé—. Deberías ir así vestido todos los días.

—Es la imagen que debo dar, pero es temporal —repitió sin mirarme.

Me levanté con la chaqueta en la mano.

—Me voy contigo.

—No.

—¿Vas de camino al centro de negocios? Tengo que ir al supermercado que queda cerca. Llévame.

—No quiero.

—Ya cállense los dos y váyanse de una buena vez —protestó Shanon—. No quiero verlos hasta el próximo año.

Me puse la chaqueta y seguí a Kirian sin dejar de molestarlo. En algún momento perfeccionaría el arte de disimular lo que odiaba su nuevo trabajo. Tenía que aprovechar mientras tuviera algo con lo que sacarlo de sus casillas.

❄

Llegué a casa de Alex pasado el mediodía y organicé las compras. El menú de la cena de Navidad estaba decidido, así como las tareas de cada uno. A mi novia le encantaba el orden y a mí me encantaba ella.

Decidí organizar mi regalo sorpresa, montar el árbol y llenarlo de adornos. El problema fue que, al terminar, Alex seguía sin aparecer. Debía haber llegado hace una hora, pero de seguro estaba ocupada en el trabajo.

Miré a mi alrededor y exploré el apartamento en busca de algo que hacer. Me había prometido no trabajar hasta Año Nuevo. El problema de que tu trabajo fuera tu hobby era que cuando estabas descansando y no había nada que hacer, te aburrías.

Terminé en la cocina, mirando el menú que Alex había planificado y calculando qué sería más fácil de hacer. Con un tutorial de YouTube podría adelantar algunas cosas y así sorprenderla.

❄

ALEX

El tráfico era horrible cuando salí de la oficina. Incluso temprano, la ciudad parecía un hormiguero; no quería imaginar cómo sería en la noche. Por suerte, me quedaría en casa.

Pasé por la tienda de pijamas a recoger los que había mandado a hacer para Ellis y para mí. Me habría gustado conseguir algo más, pero teníamos poco tiempo libre debido al trabajo y habíamos llegado a la conclusión de que nuestros regalos serían simples. Teníamos el resto del año para darnos cosas. Una fecha era solo una fecha.

De igual forma, mientras estaba estancada en el tráfico, no dejaba de pensar en que quería que nuestra primera Navidad como pareja fuera inolvidable. No tenía que regalarle algo material, pero no se me ocurría nada que fuera lo suficientemente especial.

Cerca de mi apartamento, algo hizo que el auto se removiera. Primero pensé que era un terremoto, aunque en esa parte del país no sucedían. Después entré en pánico al pensar que había golpeado a un perro. Sin embargo, al quedar inclinada hacia delante y la derecha cuando apenas me había movido unos metros a la velocidad de una hormiga, entendí que una goma había reventado.

Hice lo que pude para salir de la avenida y estacionar. Podía llamar a Ellis para que viniera a buscarme, pero prefería esperar a los asistentes del seguro, que demoraron casi dos horas por el tráfico. Por la misma razón, pedir un taxi para llegar antes sería contraproducente.

Estaba a diez calles de mi destino y solo llevaba mi cartera y la bolsa de los pijamas. Caminé entre la gente tan rápido como pude. Estaba atardeciendo y resultó agradable, a pesar de que hacía frío y parecía estar a punto de nevar.

Iba a cruzar la calle cuando escuché un débil maullido. Instintivamente, busqué alrededor. Por un callejón a pocos metros había un latón de basura y, acurrucado entre una rueda y la pared, un gatito negro que no paraba de maullar.

Algunas personas lo miraban, pero la mayoría iba tan rápido que ni lo notaba. Estaba solo y asustado, pero al tenerme cerca fue hacia mi mano con confianza. Era diminuto y sus ojos verdes se cerraron cuando lo acaricié.

—¿De dónde saliste, bebé?

Mi voz de tonta emergía con animales y bebés. Maulló un par de veces y lo tomé como un saludo.

—Debes de tener como un mes, ¿o menos? ¿Dónde está tu mamá?

El gatito se acercó más y terminó entre mis zapatos buscando calor y protección.

—No puedo adoptarte —murmuré mientras deslizaba el índice por su lomo y él ronroneaba—. ¿Cómo me haré cargo de ti si me paso el día en la oficina o en los proyectos?

Me consideraba una persona a la que le gustaban más los perros, a diferencia de Ellis que prefería los gatos. Pero los dos amábamos a los animales; era inevitable para ambos no pedirles permiso a los dueños de las mascotas para jugar con ellos fuera donde fuera.

Me quedé mirando las manchas blancas en el pelaje de las patas del gatito. Lo que estaba pensando no era una idea inteligente... ¿o sí? No estaba segura, pero quería hacerlo.

Varias veces había valorado la posibilidad y pensé «¿por qué no hablarlo con Ellis?». Llevábamos suficiente tiempo juntos como para dar un paso más en nuestra relación. Quizás eso era lo que haría aquella Navidad inolvidable.

Busqué un pañuelo en mi bolso y envolví al gatito, que extendió las patitas y maulló.

—No pasa nada —lo calmé al cruzar la calle—. No grites, pensarán que soy una secuestradora de gatos.

No servía de mucho, pero me hizo gracia recordar lo que una vez había dicho Ellis: «Michi sin collar es mi michi». Siempre había querido uno, pero su madre se lo prohibió después de que su primera mascota, un loro, se escapara para nunca volver. Ellis nos obligó a hacerle un funeral donde enterramos una caja vacía en el patio. La pasó muy mal, y después de eso las mascotas quedaron prohibidas en casa de los Knox.

Caminé emocionada hasta mi edificio. El gatito se había calmado con el calor de mis manos. Se acurrucó en mi pecho y no paraba de ronronear.

«A Ellis le encantará la idea».

Me sentía nerviosa por lo que estaba a punto de hacer. De igual forma, cada paso me daba más seguridad en la decisión tomada.

—Ahora tenemos que pensar cómo llamarte —le dije al gatito—. Quizás Gizmo o...

Las ideas de nombres desaparecieron porque al entrar al apartamento sentí el olor a quemado proveniente de la cocina.

❄

ELLIS

Pasó lo que no debía: las alarmas de humo se activaron, a pesar de que llevaba unos cinco minutos soplando al aire y agitando una toalla de cocina para que el humo se disipara.

«A Alex le dará un infarto».

Me subí a una silla y apagué la alarma. El humo salía de a poco por la ventana de la cocina hacia el pasillo y el salón. Lo más inteligente era abrir la puerta del balcón para...

Me detuve en el pasillo al ver que el humo iba en dirección a la puerta abierta, y ahí estaba Alex, petrificada al ver su apartamento a nada de arder. Estaba pálida, con las manos pegadas al pecho.

—¿Qué haces con un gato?

Miró el humo a su alrededor.

—Dime tú qué le hiciste a mi cocina, Knox.

«Estoy muerto».

—Ya está bajo control. Lo juro.

—¿Qué hiciste? —masculló sin moverse del lugar y vi la ira crecer en su interior.

—Si te enojas, apretarás al gato y lo asfixiarás.

—Deja de preocuparte por el gato. El único que está en peligro eres tú. Habla.

—Intenté hacer cupcakes de arándanos.

—¡¿Qué?! ¿Quién te hizo creer que estabas listo para dar ese paso?

—YouTube. Además, la semana pasada dijiste que estaba mejorando en la cocina.

—Porque ya no se te queman los huevos hervidos, no porque la repostería fuera el próximo paso.

—Pero...

—¿En qué te entretuviste que se quemaron?

—No se quemaron... Explotaron.

—¡¿Qué?!

El chillido fue tan agudo que me martilleó las sienes. Se apresuró a la cocina y quedó impactada ante la puerta abierta del horno y las manchas azules de los arándanos que habían salido volando en todas direcciones junto con la mezcla de la masa de cupcakes.

Gran parte había ido a parar dentro del mismo horno y de ahí venía el olor a quemado y el humo. La mesa, el techo y mi ropa tampoco se habían salvado del desastre. Me paré frente a la nevera para que no viera las manchas en la puerta.

—No tengo idea de cómo lograste que esto pasara.

—Yo tampoco. Algo estaba sonando, abrí el horno y...

Me dedicó una mirada envenenada y encendió la campana de la cocina. Al momento, el humo empezó a desaparecer y fue al balcón para abrir la puerta.

—Ya llamé al encargado del edificio —murmuré—. Le dije que no tenía que alarmarse.

Se quedó mirándome con el teléfono en una mano y el gato en la otra. Estaba enojada, pero nada que no se pudiera resolver, en especial porque, al recorrer el salón con la mirada, encontró el árbol de Navidad.

—¿Lo armaste solo?

Le di una tímida sonrisa. Llevaba dos semanas lamentándose por no tener tiempo para decorar la casa. Había prometido ayudarla a armar el árbol dos días antes, pero Alex se había metido a ayudar a unos estudiantes de Arquitectura con su proyecto de tesis y no tuvo tiempo. El árbol era una de las razones por las que había hecho todo lo posible por tener libre ese día.

—Viniste, montaste mi árbol de Navidad y decidiste quemar mi cocina. —Entrecerró los ojos—. ¿Fue a propósito? ¿Así te asegurabas de que te perdonaba si metías la pata?

—Juro que no, pero... —Señalé a sus regalos al pie del árbol—. Quizás el calendario de adviento sirva para sobornarte.

Se fijó en los veinticinco paquetes envueltos en papel beige y decorados con dibujos y purpurina, cada uno con su número correspondiente. Contuvo la sonrisa.

—Ellis, los calendarios de adviento se dan a principio de mes para que abras un regalo cada día.

Me quedé procesando la información y entendí que por eso es que le ponían números… Tenía sentido. Lo ilógico era que en casi veinticuatro años no me hubiera dado cuenta.

—Pues ahora tienes veinticinco libros para abrir en un mismo día.

—Acabas de arruinar la sorpresa.

Bufé al darme cuenta de que tenía razón y acababa de confesar lo que eran.

—Me doy por vencido. —Me senté en el sofá—. Arruiné tu cocina y las sorpresas.

Se sentó a mi lado.

—La verdad es que arruinaste nuestra primera Navidad juntos. Ya no podré usar el horno, y cuando terminemos de limpiar será muy tarde para empezar a cocinar.

Mis planes de la noche perfecta quedaron en el olvido. No quería pensar que tenía mala suerte, pero el universo hacía hasta lo imposible por convencerme de que sí.

—¿En qué piensas?

La miré. Estaba tan hermosa como siempre, con las mejillas sonrosadas por el frío o el enojo que ya se le había pasado.

—Siento que últimamente no tenemos casi tiempo para nosotros y... te extraño.

—Yo también te extraño.

—Quiero que pasemos tiempo juntos, pero los dos estamos ocupados y cuando finalmente tenemos un día para nosotros, llego yo a… quemarlo.

Se le escapó una carcajada.

—No te burles —protesté—. Estoy expresando mis sentimientos.

—Lo sé. —Siguió riendo y se acercó a mí—. Yo también me siento mal porque quería darte algo muy especial y no encontré

nada. Me siento aún peor porque, a pesar de que no tienes tiempo de nada, me compraste veinticinco libros, los envolviste y decoraste.

—¿Cómo sabes que lo hice yo?

—Tienes ojeras... más que de costumbre. ¿Te pasaste la noche despierto para hacerlo?

—Dormí dos horas.

—Pues yo dormí ocho y no tenía nada para regalarte hasta que...

Alzó el gatito hasta la altura de mis ojos. Maulló mostrando los diminutos dientes. Era una bola de pelos de color negro con manchas blancas en las patas.

—¿Mi regalo de Navidad es un gato?

—No te gusta. Lo puedo dar en adopción si...

La tomé de la muñeca para que no lo alejara. Lo dejó entre mis manos, era tan pequeño que podría enrollarse y dormir en la palma de mi mano.

—¿Cuál es su nombre?

—Pensé que podíamos escogerlo entre los dos. Lo encontré en la calle.

Me dio un vuelco el estómago. Hacía mucho frío; dudaba que un gatito de ese tamaño tuviera más de cuatro semanas. Si Alex no lo hubiera rescatado, habría muerto esa misma noche.

—No sé qué nombre ponerle y... —Miré a Alex—. Se quedará solo en mi casa cuando venga a verte.

Se mordió el labio y miró al gatito que se había quedado dormido.

—Tenía una idea diferente.

Jugueteó con uno de sus anillos. Estaba nerviosa.

—¿Pasó algo?

—Quería pedirte que... —Se aclaró la garganta—. ¿Te gustaría venir a vivir conmigo?

Las palabras resonaron en mi mente, pero me costó diluirlas y procesarlas. Quizás estaba escuchando mal.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Vivir juntos. Creo que lo mejor sería que yo me fuera a tu apartamento. Hay más espacio y ahí tienes tu oficina con Kirian y Shanon. Yo solo estaré en la mañana, la noche y los fines de

semana porque me la paso trabajando, pero si prefieres mudarte aquí y dejar tu casa como espacio de trabajo, igual está bien.

Quería decir algo, pero mi cerebro no era capaz de descifrar qué.

—Si vivimos juntos será más fácil cuidar a... —Miró al gatito—. A como quiera que llamemos al gato, pero si no quieres, podemos dividirnos el tiempo para...

Ahogó un chillido cuando me incliné hacia ella. Quedó acostada y con el espacio justo entre nosotros para que la bola de pelos descansara sobre su pecho. Era ajeno a lo que estaba pasando y volvió a enroscarse para dormir.

—¿Estás ofreciéndote a ser mi compañera de piso?

—Novia con la que vives —especificó.

—¿Quieres ir a vivir en mi casa y dormir en mi cama todos los días?

—Ese es el significado de «vivir juntos».

—¿Quiere decir que te veré cada noche cuando me vaya a dormir y cada mañana cuando despierte?

Fingió indiferencia.

—Y quizás te haga desayuno una que otra vez.

—¿Me enseñarás a cocinar para tenerte lista la cena cuando llegues del trabajo?

—No queremos que quemes nuestro apartamento.

Torcí los labios para que no viera mi sonrisa o que mi felicidad de hombre tonto y enamorado se hiciera evidente… o más evidente.

—Deberías haber recogido tus cosas y aparecido en mi puerta —dije, fingiendo el tono de decepción—. ¿Qué es esto de preguntar si quiero vivir contigo?

—Se llama comunicación.

—Sobrevalorada. Te quiero en mi casa mañana, con todo. Empecemos a empacar ya. Podemos llevarnos el árbol y tus regalos.

Me tomó de la camisa para que no me alejara.

—Es Navidad. Tenemos tiempo.

—¿Crees que voy a darte la oportunidad de cambiar de idea?

—Tonto.

Me acercó a ella con cuidado para no despertar al gato y me dio un beso.

—No voy a cambiar de idea —susurró sobre mis labios y el calor en mi pecho me sacó una sonrisa.

Definitivamente tenía buena suerte, y lo de quemar la cocina era solo una mala jugada del universo. Alex me amaba y quería estar a mi lado; era el equivalente a ganarse la lotería unas diez veces.

—Empacar no es mala idea. No hay mucho que hacer —bromeé —. Ni cena de Navidad tenemos.

Torció los labios.

—Por tu culpa.

—Tendremos que pedir algo. ¿Quieres pizza falsa?, de esa que te gusta.

—Es pizza saludable.

—Si no lleva harina, no es pizza.

—Deja de provocarme, Knox. Quemaste mi cocina.

—Pero tu pizza falsa lo arreglará todo. —La besé antes de que volviera a protestar—. Pediremos pizza y postre y... ¡Eso es!

—¿Qué cosa?

—Pizza.

Se vio igual de desconcertada. No podía culparla.

—Ya dijiste que pediríamos pizza.

—No. La bola de pelos. Su nombre es Pizza.

—¡No! ¿Quién le pone nombre de comida a un gato?

—Nosotros.

—Pizza. ¿En serio?

—Siempre pasan cosas caóticas cuando estamos juntos en Navidad. El año pasado me caí del techo de la casa de tu madre, y las anteriores ni contarlo.

—Esta vez no hay cena, quemaste la cocina y…

—Pero decidimos irnos a vivir juntos y adoptar un gato —dije antes de que se quejara de todos los desastres culinarios del último año.

—Y tendremos pizza como cena de Navidad.

—Por eso. —Señalé al gatito sobre su pecho—. Ese es su nombre: Pizza. El mejor de los desastres navideños.

La desconfianza brilló en su mirada.

—Vale, se llamará Pizza, pero el nombre de nuestro futuro perro lo escojo yo.

No pude evitar sonreír.

—Hecho —murmuré sobre sus labios—. Adoptemos un zoológico entero. La única condición es que vivas conmigo por el resto de tu vida.

—Hecho.

Verla sonreír era impagable... Nunca me cansaría.

DOS AÑOS DESPUÉS

ALEX

La cabaña de los Knox era nuestro lugar preferido para pasar Navidad desde que tenía memoria. Los últimos años estuvimos demasiado ocupados como para tomarnos días de descanso por vacaciones. En junio decidimos que no importaba lo que pasara; en esa ocasión era obligatorio separar una semana para pasar las fiestas juntos.

Había ido a buscar piñas al bosque para adornar el árbol de Navidad. Al regresar me tomó por sorpresa ver un auto estacionado frente a la cabaña. Media hora antes no estaba ahí.

De la ventanilla del copiloto se asomaba una niña de piel morena y pelo rizado. Trataba de cazar los finos copos de nieve que empezaban a caer. Todavía se derretían al tocar el suelo, pero esa noche nevaría y al día siguiente el paisaje se tornaría blanco y brillante, perfecto para la decoración que tenía en mente.

—Hola.

La niña alzó la vista. Tenía los ojos color miel, idéntico al de su pelo. Frunció los labios y se encogió en el asiento.

—Esa es mi casa —dije, mirando a la cabaña—. ¿Estás aquí con tus padres?

Apuntó con el dedo hacia delante y vi a una mujer al borde de la carretera, conversando con Kirian.

—¿Tu madre?

—Sí. Tiene que trabajar, pero nos vamos pronto.

Debía tener al menos diez años. Sostenía un libro sobre su regazo y tenía varios tatuajes de stickers pegados por el antebrazo descubierto. Su chaqueta, desgastada y descosida, los dejaba expuestos.

—Me encantan tus tatuajes. —Le sonreí—. *El Principito* fue el primer libro que leí cuando era niña.

—También es mi primer libro.

—Te recomiendo leerlo cada cinco años. Siempre le encontrarás algo nuevo e interesante. Tiene magia.

Me devolvió una tímida sonrisa.

—Feliz Navidad —dije antes de irme.

No quería pasar sus límites o hacerla sentir incómoda; era obvio que no le gustaban los desconocidos. Me recordó a mí a su edad, cuando solo era amiga de Erika y Ellis y el resto del mundo me parecía asfixiante.

Kirian y la mujer hablaban de manera formal, manteniendo la distancia. Ella le entregó varias carpetas y luego empezó a explicar algo usando su iPad. Mi amigo atendía con interés, pero hubo un momento en que sus ojos se desviaron al rostro de la mujer y reconocí lo que podía ser… ¿curiosidad? Kirian era ilegible.

Mis pasos llamaron su atención y me detuve frente a ellos. Su expresión volvió a la acostumbrada máscara neutral y señaló a la mujer.

—Alex, te presento a Lilly Harper, mi asistente.

Estreché la mano de Lilly. Su hija era idéntica a ella. La diferencia era su piel más clara y el pelo ondulado y negro. Tenían los mismos ojos y facciones suaves.

—He oído hablar de ti y de lo excelente trabajadora que eres. Un gusto conocerte —dije.

La sonrisa que me dio fue profesional y bien ensayada.

—Dudo que hayas escuchado eso, pero gracias por la amabilidad. Hago hasta lo imposible por hacer bien mi trabajo.

Su tono fue amable, pero percibí cierta tristeza.

—No. Es en serio. Kirian siempre habla de...

—¿Quieren pasar y tomar algo? —interrumpió mi amigo.

—Tengo que irme, señor Lee. —Lilly le dio el iPad a Kirian y esta vez me dedicó una sonrisa genuina—. Un placer conocerte, Alex.

—Harper, quédate. Puedes...

—Mi hija quería pasar Navidad conmigo, en casa y tomando chocolate caliente, pero tuve que venir hasta aquí por trabajo. —Miró a Kirian con una frialdad inquietante—. Ya tiene lo que necesita. Me voy.

—Harper, yo...

La voz de Kirian se apagó mientras ella se alejaba. Al subir con su hija, el rostro de Lilly cambió, iluminado por una sonrisa. Se vio radiante mientras hablaban, de seguro prometiéndole todo lo que harían en lo que quedaba de día.

Observamos el auto alejarse y Kirian no apartó la mirada ni cuando la carretera quedó vacía.

—¿A qué se debe esa cara, señor Lee?

Kirian entendió que me refería al segundo fallo en su perfecta fachada. Lucía preocupado y al momento corrigió el desliz emocional.

—Tengo que firmar un contrato al empezar el año y debía revisar un par de documentos.

—Y tenía que ser en persona —dije con escepticismo.

—Necesitaba que me explicara un par de puntos importantes.

—Existen las reuniones virtuales, ¿sabes?

Por primera vez desde que lo conocía, vi que intentaba hablar, pero no podía.

—¿La hiciste venir hasta aquí solo para verla?

Kirian no sabía mentir o poner excusas, solo evitar temas de conversación, y fue salvado por la suerte cuando Ellis gritó su nombre. Venía de la parte trasera de la cabaña.

—Alex —dijo, emocionado—. ¿Dónde estabas?

Su descaro era insultante.

—Donde no te importa.

Seguí mi camino hacia la entrada.

—Reina, ¿vas a seguir enojada?

—Sí.

—Pero es Navidad.

—Te dije que no me hablaras.

Y di un portazo para demostrarle lo molesta que estaba, aunque no iba a permitir que la pelea con Ellis arruinara Navidad.

❄

ELLIS

El pelo castaño de Alex se balanceaba sobre su espalda. Hasta cuando caminaba a paso apresurado y envuelta en ira se veía hermosa.

—Esa es mi futura esposa —dije con orgullo y Kirian puso los ojos en blanco.

Llevaba documentos en una mano y el iPad en la otra.

—¿Al final hiciste que Lilly viniera?

—Sí. Era importante.

—¿Y no le dijiste que pasara a tomar algo?

—Es mi empleada. No está permitido fraternizar de ninguna manera que no sea laboral.

—Yo no trabajo con Lilly, podemos fraternizar. —Bufé—. Esa palabra suena demasiado seria. ¿Vino con Milenka?

Kirian arrugó el ceño.

—¿Conoces a su hija?

—Almorzamos juntos el día que me dejaste esperando dos horas cuando estabas en una reunión.

—¿Ahora eres amigo de mi asistente?

Ladeé la cabeza.

—No diría «amigo», pero me agrada. Quería presentársela a Alex, se llevarían bien. A Lilly también le gusta el arte abstracto y...

—No necesito saber de los pasatiempos de mis empleados.

—¿Te pasa algo?

Se aclaró la garganta.

—Sí. Tengo frío y me obligas a quedarme aquí hablando de cosas que no me importan.

—Desde que empezaste en esa empresa estás más insoportable.

—Porque estoy harto de trabajar en algo que no me gusta, y ya va más de un año. —Exhaló un suspiro—. ¿Vamos a ir al pueblo o no?

Puse una mano sobre su hombro.

—Estoy hablando en serio, Kirian. ¿Pasa algo más? Sé que odias tener que seguir en el lugar de tu padre, pero... me preocupas.

Kirian nunca hablaba de lo que le pasaba. Solo a veces dejaba ver que algo no andaba bien y ese era uno de esos momentos.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿no?

Torció una sonrisa, o el intento de una.

—Quiero hablar de la tontería que se te ocurrió para hacer enojar a Alex y así distraerla mientras preparas una sorpresa para pedirle matrimonio.

No iba a hablar por más que insistiera.

—Se llama tener un plan maestro para la pedida de matrimonio perfecta a la mujer más extraordinaria del universo. Ya quisieras tener a alguien tan especial como Alex, quizás por eso tienes esa cara de amargado todo el tiempo.

—Pues debería robarte a Alex.

—Ni en tus mejores sueños eso pasaría. Lo que deberías hacer es olvidarte de las reglas de tu empresa e invitar a salir a Lilly. Es divertida; quizás te quita lo gruñón.

—Cállate, Knox. Voy a guardar los documentos y nos vamos.

Desapareció y me quedé pensando en cómo ayudarlo. Tendría que ocuparme de Kirian cuando empezara el nuevo año, llevaba demasiado tiempo hundiéndose en sí mismo. Pero primero estaba Alex y el anillo de compromiso que llevaba en mi bolsillo.

❄

—Colocaremos la iluminación que Alex diseñó para que quede perfecta.

—¿Por qué compramos luces de más?

—¿Me dejas terminar de explicar?

Kirian resopló. Íbamos regresando al centro comercial después de guardar todo en el auto.

—En la parte en que debe ir el «Feliz Navidad» en el techo inclinado del frente, escribiremos con luces «¿Te casas conmigo?».

—¿Escribiremos? Pensé que montarías la decoración con Lucas.

—Está cocinando y, a menos que quieras cambiar con él, te toca ayudarme.

—No voy a cocinar. Lo odio.

—Por eso estás a mi disposición.

—Me alegra que te dignaras a poner la propuesta como una pregunta y no con un «Nos casamos mañana». ¿Ya perdiste el miedo a que dijera que no?

—Aceptará. ¿Y tú por qué estás tan hablador? ¿Es para calmar los nervios de la visita de Lilly?

—No sé de qué hablas, Knox. De verdad eres insoportable. Alex es una santa, yo te habría echado a patadas de mi casa.

—Te recuerdo que en el pasado tú y yo vivimos juntos por más de un mes.

—Y mis ganas de asesinarte han sido asfixiantes. Cállate y compra lo que te falta.

—Es aquí.

Me detuve frente a la tienda de vestidos de gala.

—¿Planeas disfrazarte para la propuesta?

—Imbécil.

Lo dejé curioseando por el mostrador de la joyería y me paseé por el lugar. Me costó un par de vueltas quedarme con dos opciones. Iba camino a preguntarle a Kirian cuál le parecía mejor cuando vi que no estaba solo. Kalia, su hermana, le reprochaba algo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cara que ponía cuando estaba a punto de abofetear a alguien.

—¿Tú no te ibas a la ciudad para no sé qué? —pregunté.

Kalia disimuló que había estado discutiendo con su hermano y me dio una sonrisa.

—Quería conseguir unos regalos para los padres de mi amiga.

—Genial. Me sirve que estés aquí. ¿Viniste con las chicas a comprar los vestidos para la cena?

—Sí.

—¿Cuál de estos dos Alex tuvo puesto por más tiempo antes de decidirse por otro? —pregunté, mostrándole dos opciones.

—¿Cómo sabes que se probó esos dos?

—Conozco los gustos de mi mujer.

—Eso es perturbador —dijo la voz de una desconocida.

Pelo rubio y figura esbelta. Me miraba con gesto escéptico y no parecieron gustarle los vestidos. Reconocí a la amiga de Kalia por las fotos que siempre publicaban juntas. Iban a la universidad deportiva más prestigiosa del estado.

—Que no tengas un novio que te conozca bien no significa que el resto corra con la misma mala suerte.

—Yo no juego a eso de tener novios —dijo de mala gana, pero le dio una mirada juguetona a Kirian—, a menos que alguien decida contratarme como su asistente.

—Basta de juegos —la reprendió Kalia.

Kirian nos ignoraba, concentrado en los brazaletes del mostrador.

—Era una broma —murmuró la rubia—. Sabes que no me gusta tu hermano.

—Kalia —le llamé—. ¿Cuál vestido?

—El verde —dijo su amiga.

—Bien. Me quedo con el rosa.

—Se pasó más tiempo con el rosa —intervino Kalia.

—Eso imaginé.

—¿Y por qué le compras un vestido a tu novia?

—No te importa, Hailey. —Kalia la tomó del brazo—. Vamos tarde. Despídete.

—Adiós, hermano de Kalia. Adiós, loco de los vestidos.

Kalia la reprendió y desaparecieron.

No vi a Kirian mientras pagaba el vestido, pero al encontrarlo en la entrada de la tienda noté que llevaba una bolsa que escondió para que no hiciera preguntas.

❄

ALEX

—Puse los pasteles de manzana en el otro horno.

—Ve cortando la verdura para la sopa —me dijo Lucas, que estaba chequeando la temperatura de la carne.

—Va a quedar seca si no la bañas con el jugo —protestó Erika desde la mesa de la cocina.

—Si quieres que quede perfecto, hazlo tú —murmuré con malicia.

—Te diré lo mismo cuando tengas treinta y seis semanas de embarazo.

Mi mejor amiga parecía a punto de explotar a pesar de que le faltaban un par de semanas para dar a luz. La estaba pasando mal por el tamaño de su vientre. Le di un beso en la mejilla.

—Quedará genial. Deja de preocuparte.

—Y si no, podemos comprar hamburguesas y papas en el pueblo —propuso Dana.

—¡Papas! —chilló Carla, que estaba sobre sus piernas y armaba un rompecabezas de grandes piezas con ayuda de mi amiga.

—Nada de comida chatarra. ¿Por qué quieres llevar a mi hija por el mal camino?

—Por Dios, no dejas que viva. Ni chocolate la dejan comer.

—¡Chocolate! —repitió la niña sin despegar los ojos del rompecabezas.

—Es para enseñarle buenos hábitos alimenticios —dijo Lucas.

—En otras palabras, para hacerla infeliz.

Siempre tenían la misma falsa pelea, y Dana terminaba prometiéndole a Carla que la llevaría a tomar helado y a comer pastel. No era nada sorprendente que Carla la adorara casi tanto como a Ellis, su preferido desde que era un bebé.

—La cena me da igual, la verdad —dijo Erika—. Me preocupa más que tenga que usar un vestido de gala para comer.

—No te pongas nada. No sé por qué están obsesionados con vestirnos como si fuéramos a un evento de lujo. Se suponía que iba a ser la clásica Navidad, en pijama y…

Me pareció extraño que Dana mirara a Erika con mala cara.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Nada —dijo Erika al momento—. No es nada.

—A Erika le gusta salir con ideas y después cambiar de opinión. —Dana forzó una sonrisa—. Nos pidió comprar ropa de gala y ahora se queja.

—Me quejo por todo —dijo al momento—. Es normal, son las hormonas. Vestir de gala será genial.

Miré de una a otra, luego a Lucas, que apartó la mirada para chequear las tartas.

—¿Está pasando algo?

—No. —Dana se concentró en ayudar a Carla—. Será bonito vestirnos elegantes. Para una buena idea que tiene Erika y lo arruina.

—La verdad es que nos preocupa más tu pelea con Ellis —dijo mi otra amiga para cerrar el tema del código de vestimenta—. Queremos que hoy todo vaya bien y tú sigues sin querer hablarle.

—Sí le hablo. —Me concentré en cortar las verduras.

—La verdad, no entiendo cuál es el problema.

Dana siempre lo tomaba todo a la ligera.

—Le ofrecieron un empleo en Mervins y no aceptó por mi culpa. No entiendo por qué no ve que es estúpido limitarse solo por no separarnos por un año.

—Es su decisión —rebatió Dana.

—Es una oportunidad única.

—Ellis tiene trabajo aquí. No necesita otra cosa —dijo Lucas.

—Pero es algo que siempre soñó, trabajar con su ídolo de los videojuegos. No es cuestión de dinero. La única razón por la que lo rechazó es por mí.

—Es su decisión —repitió Dana.

—Lo es, pero no quiero...

—¿No has pensado que si tanto te molesta es porque tú harías lo mismo y eso te hace enojar?

La cocina quedó en silencio. Erika no se atrevió a dar su opinión y Lucas se concentró en la sopa.

—No... no es eso. Yo no tiraría a la basura mi carrera profesional solo por...

—¿Por estar con la persona que quieres por la eternidad y esas tonteras babosas que les gustan a Ellis y a ti?

—Basta —dijo Erika para que Dana no siguiera poniendo el dedo en la llaga—. Están mareando a mi bebé. Tengo ganas de vomitar.

—Creo que es el olor de la tarta —dijo Lucas.

—O que Alex cada vez se pone más dramática.

—Dije que basta —advirtió Erika antes de que pudiera responderle a la pesada de Dana—. Es Navidad, no la arruinen. Vamos a pasarla bien, eso es lo importante.

Era lo que quería, pero mientras más tiempo pasaba, más me enojaba. No sabía si con Ellis, conmigo o con todos. Quizás sí estaba sobrepensando las cosas.

Algo golpeó contra el techo y miramos hacia arriba. No había nada, pero se escucharon unas voces discutiendo.

—Lo voy a matar si arruina la decoración —mascullé y salí al jardín.

Kirian y Ellis estaban en el tejado colocando las luces. Al verme, los dos se callaron.

—¿Qué demonios hacen?

—Revisar las goteras.

—Limpiar la chimenea.

Intercambiaron miradas al darse cuenta de que no coincidían sus respuestas.

—Así no van las luces. «Feliz Navidad» son dos palabras. Si empiezan desde ahí, no quedará centrado. Les dije que lo hicieran del medio hacia afuera. En las instrucciones dice que...

—Reina, respira.

Estaba agitada y sentí un leve mareo.

—Vale. Hagan lo que quieran.

Ignoré las llamadas de Ellis.

❄

A media tarde todo estaba listo. No me preocupé por revisar la decoración exterior; ya no me importaba. No entendía por qué estaba tan molesta.

Salí del baño envuelta en una toalla, sabiendo que me congelaría, pero encontré la habitación a la temperatura perfecta. Ellis estaba ahí y había ajustado la calefacción.

—Linda toalla.

Fui hacia el armario y no lo miré.

—¿Vas a seguir sin hablarme?

No quería ponerme el vestido que había comprado el día anterior. Tenía que ayudar a Lucas a preparar la mesa y sería difícil sin mancharlo o estrujarlo.

—Alex.

«¿Dónde demonios está mi ropa interior?».

—¿No vas a mirarme?

«No».

Me puse a revolver mi maleta en busca de unas bragas. No podía ser que las hubiera olvidado.

—Si no miras a la cama, te perderás algo.

«¿No se cansa de molestar?».

—Es una sorpresa —dijo con voz juguetona.

«Métetela en el culo».

—Te va a gustar. Estoy seguro de que...

—¡Déjame en...!

Me atraganté con las palabras al ver el vestido rosa extendido sobre la cama, el que primero me había probado en la tienda. Lo dejé porque era absurdamente caro.

—¿Cómo...? ¿Me compraste un vestido?

Se encogió de hombros.

—Feliz Navidad... supongo.

—¿Dana te dijo cuál comprarme?

—Tuve ayuda de alguien más, pero juro que lo escogí yo.

Era hermoso y sencillo y… Estaba enojada con él, no podía ceder tan fácil.

—Es demasiado elegante.

—Yo me voy a poner un traje, y el vestido de mi hermana es dorado y está lleno de piedras brillantes. Todos estaremos ridículamente elegantes.

—No creo que...

Me tomó de la mano antes de que pudiera escapar al baño.

—Alex. Un minuto, solo dedícame un minuto.

Exhalé un suspiro.

—Vale.

—Pongamos una pausa.

—¿Qué?

—Entiendo que estés enojada y tenemos mucho de qué hablar, pero estamos en un lugar que amamos, con nuestros amigos. Queríamos pasarla bien y podemos ponerle una pausa a esta pelea.

—¿Fingir que todo está bien?

—Poner nuestras diferencias a un lado por dos días.

Se acercó a mí y el calor de su cuerpo me envolvió.

—Cuando volvamos a casa te vuelves a enojar. Puedes hacer que Pizza me muerda los pies cuando me quede dormido, lanzarme sartenes a la cabeza o gritarme. Paz hoy y mañana. ¿Te parece bien?

—¿Puedo volverme a enojar en el auto de regreso a la ciudad?

—Sí.

—¿No harás bromas sobre la ensalada que preparé?

—No.

—¿Mañana buscarás pastel de chocolate para el desayuno?

—Del raro sin harina que te gusta. Hecho.

Me mordí el labio y fingí pensármelo.

—Quizás, si...

Me pegó a su pecho y sus labios chocaron con los míos.

—Ya deja de jugar conmigo —murmuró.

—Estoy pensando si te lo mereces.

—Si dices que sí a la pausa, puedes aceptar el vestido sin fingir que no te encantó —me provocó.

No podía negarme cuando hablaba sobre mis labios. Asentí controlando la sonrisa.

—Perfecto. Tenemos un trato. Ponte el vestido.

—Pero...

—Póntelo, Alex. Quiero ver lo hermosa que te ves con él durante el mayor tiempo posible.

—¿Por qué?

—Planeo arrancártelo en la noche. No te lo vas a llevar a casa.

Habría protestado si no fuera porque sus palabras encendieron cada centímetro de mi cuerpo.

—Y si no te metes al baño, lo que va a terminar roto es esa toalla.

Aguanté las ganas de reír y volví al baño.



ELLIS

La cabaña olía a pavo horneado, sopa y distintas salsas. Todos íbamos de gala; mi idea para asegurar que Alex fuera vestida como siempre había imaginado en el momento de su pedida de mano.

—Tranquilo —me susurró Erika cuando salió de su habitación—. Estaremos grabando. Tendrán muchos videos para recordar el momento.

—¿Segura?

—No seas pesado, Ellis. Llevamos meses planificando, nada va a salir mal.

—Bien. Que empiece el show.

El corazón me iba a toda velocidad. Mi hermana le hizo un gesto con la cabeza a Dana, que dio unas palmadas para llamar la atención.

—Es hora de inaugurar la decoración navideña.

—¿Ahora? —Alex miró a su alrededor.

—Mejor antes de comer —concordó Erika—. Después no quiero salir a congelarme.

Y como en las dos últimas semanas siempre hacíamos lo que ella quería, Alex aceptó. Que mi hermana tuviera un embarazo gigante la convertía en la tirana perfecta. Nadie objetaba sus órdenes.

Me aseguré de que llevaba encima la caja con el anillo de compromiso. Me sudaban las manos y tenía la boca seca. Estaría difícil dar un discurso romántico si tenía la lengua pegada al paladar.

«Joder. No me acuerdo de nada de lo que iba a decir».

Kirian me palmeó el hombro para darme valor. Valiente o no, mi tiempo se había acabado y estábamos alineados frente a la cabaña. No había empezado a nevar y ya era de noche, el ambiente perfecto.

Me paré detrás de Alex, lo suficientemente cerca, pero con espacio para dar un paso atrás y arrodillarme en el momento correcto.

—¿Listo? —preguntó Alex con una sonrisa—. Hagan una cuenta regresiva.

Diez.

Alex tomó los cables que faltaban por conectar para que las múltiples hileras de guirnaldas se encendieran.

Nueve. Ocho. Siete. Seis.

El corazón se me saldría del pecho. Las luces se encenderían, ella vería la pregunta en el techo y le tomaría unos segundos girar para encontrarme sobre una rodilla ofreciéndole el anillo.

Cinco. Cuatro. Tres.

Mis amigos estaban grabando, unos a la cabaña y otros a mí, que debía verme a punto de vomitar por los nervios. Erika captaría la expresión de Alex que estaba a punto de conectar los cables.

Dos. Uno.

Las guirnaldas destellaron por un segundo antes de parpadear y apagarse. Las luces de la calle chisporrotearon y a alguien se le escapó un chillido.

—¡Mamáaa!

—¿Qué coño pasó?

—No usen malas palabras frente a Carla.

—No veo nada.

—Me pisaste.

Las voces se superponían en la oscuridad.

—Es una sobrecarga eléctrica. —Kirian fue el primero en usar su teléfono para ver algo—. Revisaré los fusibles de la parte exterior.

—Y yo los de adentro —dijo Alex y, antes de que pudiera ocuparme yo, corrió hacia la cabaña.

—¿Qué fue eso?

—No te preocupes. Ahora se arreglará —me tranquilizó Lucas.

—Si se arregla, saldrá y verá todo encendido. Ya se arruinó la propuesta.

—Ellis, calma... es...

El llanto de Carla interrumpió a mi hermana cuando la niña corrió hacia ella en busca de protección.

—Ven aquí, amor. —La cargué y ahogó sus sollozos en mi hombro—. Tranquila, no pasa nada. Solo fallaron las luces.

—¡Navidad arruinada! —chilló Carla o eso entendí.

—No, cariño, no. Todo está bien —la calmó Erika—. Nada se arruinó.

—No creo que esto se vaya a solucionar sin un electricista —dijo Kirian al volver.

—Podemos llamar al amigo de mi madre que se encarga del mantenimiento de la cabaña —propuso Erika.

—Pero ya no sirve la sorpresa —murmuré, porque Alex se acercaba.

—No importa. Comamos con la luz de las velas. Será romántico —anunció mi hermana y me tomó del brazo, fingiendo que le hablaba a su hija, que ya no lloraba y seguía abrazada a mí—. Se lo propones en el brindis.

—No, así te propuso Lucas. Qué momento de...

—Cero malas palabras delante de Carla —volvió a pedir Erika.

Resoplé.

—No voy a copiar tu pedida de mano. Qué aburrido.

—Tienes luces de vela y vestidos de gala. Se verá genial.

—Pero...

—Es eso o nada. Decide.

—Bien. Pero que sea antes de comer porque no quiero una mesa desordenada y llena de sobras en los videos.

—Vale.

Erika se unió a Dana y entre las dos comunicaron el cambio de planes.

Para cuando la cabaña estaba repleta de velas y el ambiente se había tornado acogedor y cálido, Carla se había quedado dormida y la llevé a la habitación de mi hermana. Todos conversaban animados, fingiendo que no pasaba nada. Mi discurso ya no tenía sentido alguno; dudaba poder decir algo de lo que había planeado, mucho menos el chiste sobre las múltiples bodas. Lo mejor era mantenerme en terreno seguro, pero eso convertiría el momento en algo normal.

—Ellis dijo que haría el brindis —anunció mi hermana.

—A ver con qué tontería nos sale —se burló Kirian.

—¿En serio? —Alex me dio una sonrisa—. Pensé que odiabas los discursos y que solo te habías sacrificado en la boda de Erika y Lucas.

El estómago me dio un vuelco. De seguro sospechaba. Miré a Erika, quizás debíamos abortar la misión. Mi hermana asintió con disimulo, animándome a continuar. Me aclaré la garganta y me puse de pie con la copa de champán en la mano.

—Prometo no hacer un brindis aburrido.

—Y rápido porque tengo hambre —dijo Alex y me guiñó un ojo.

Era un desastre. Por el resto de nuestras vidas su recuerdo sería terrible. Puede que se riera de los fallos técnicos o que fuera una historia para recordar, porque Alex no les daba importancia a las tonterías; lo que le importaba era la intención. El problema es que yo sí quería que fuera perfecto para ella.

Todos me miraban a la espera de que hablara.

—Esta noche... —Las palabras no iban a salir—. Hace mucho que no pasábamos Navidad en...

—¡Joder!

El grito de Erika nos distrajo. Se había inclinado hacia delante y se sostenía el vientre a un costado. Todos se pusieron de pie y empezaron a preguntar qué pasaba. Mi hermana no paraba de quejarse, asegurando que solo era una punzada de dolor, que se le pasaría, pero no se le pasaba.

Llamé a emergencias y me aseguraron que la ambulancia llegaría lo más rápido posible, pero que la nieve ya empezaba a ralentizar a los vehículos. Cinco personas dando ideas, una embarazada con

dolores y pidiendo que se calmaran; además una niña de tres años que salió soñolienta y preguntando qué pasaba. Definitivamente, no era algo con lo que supiera lidiar. Erika era la especialista en poner en orden el caos y no podía hacerlo.

—¡Deténganse! —grité.

Hasta mi hermana, que tenía la cara contraída por el dolor, me prestó atención.

—Kirian. Tú te quedas con Carla. Lucas y Dana, lleven a Erika a mi camioneta. Llegaremos más rápido al hospital que la ambulancia aquí. Alex, tú y yo vamos en el otro auto por si necesitamos dos para movernos.

Sorprendentemente, todos acataron las órdenes y dos minutos después Dana conducía la camioneta y yo la seguía en el auto de Lucas.

—Todo estará bien —dijo Alex a mi lado—. ¿Cierto?

—No es nada, solo una contracción de Braxton Hicks. He leído de eso. —Asentí repetidas veces—. Tiene que ser, ¿verdad?

Le temblaban las manos y yo hacía hasta lo imposible por mantenerme en una pieza. No éramos capaces de reconfortarnos el uno al otro; los dos estábamos aterrados.

La visibilidad, reducida a causa de la nieve que caía con más fuerza, nos obligaba a ir despacio. Tomó casi media hora llegar al hospital y Erika fue atendida al momento. La entraron en una camilla con Lucas afirmando su mano y calmándola. Desaparecieron a la sala de terapia. Dana, Alex y yo nos quedamos en el pasillo.

Las chicas se sentaron agarradas de las manos, no sabía cuál de las dos apretaba más fuerte. Caminé de un lado a otro para calmar los nervios. Posibilidades horrorosas pasaron frente a mis ojos y traté de apagar cada pensamiento intrusivo con la lógica. No servía de nada tener un ataque de pánico.

Mi hermana la estaba pasando peor. Mi deber era mantenerme fuerte, como hacía Alex, con la frente en alto, aunque sus ojos brillaban llenos de lágrimas.

Me acerqué a ella y apoyó la cabeza en mi hombro. Cedió al llanto y Dana le pasó la mano por la espalda para calmarla, diciendo

que todo estaría bien. No eran palabras solo para su amiga, sino para mí.

Cada recuerdo de Erika pasó por mi mente. Habíamos sido buenos hermanos, con peleas y travesuras. A veces pasábamos semanas sin hablarnos o incluso meses, pero en un día podíamos ponerlo todo a un lado y volver a ser los mismos.

Erika era mi ejemplo a seguir, la persona a la que más admiraba. Era fuerte, iba a estar bien. Tenía que estarlo.

Lucas salió al pasillo y las chicas se pusieron de pie.

—Ha sido un susto —dijo, agitado, con una sonrisa nerviosa.

El peso en mi pecho cedió. Dana abrazó a Alex, llorando y liberando lo que había contenido para apoyarnos. Alex soltó una risa entre lágrimas.

El doctor salió minutos después y nos explicó que todo indicaba que eran contracciones de Braxton Hicks. Erika y el bebé estaban bien, pero debían pasar la noche en observación para descartar cualquier problema.

Me dejé caer en el asiento más cercano y me permití llorar.

❄

ALEX

Después de asegurarnos unas diez veces de que no había de qué preocuparse, me llevé a Dana a buscar café. La máquina estaba al otro extremo del hospital y se sintió como caminar kilómetros. Estábamos agotadas por la sacudida emocional de la situación.

—Tengo hambre —dijo—. La comida se quedó en la mesa, debe estar fría.

—Erika se va a enojar mucho porque nuestra Navidad perfecta se fue a la mierda.

—Las malas palabras —me regañó.

—Carla no está aquí.

Mi amiga miró alrededor, confundida. Estaba tan acostumbrada a tener cerca a la niña que se le pegaban las costumbres de Erika.

—Cierto, pues tengo hambre —repitió—. ¿Qué comemos?

—Pienso en comida y me dan ganas de vomitar.

—No me digas que tú también estás embarazada.

—¡Claro que no!

—Deberíamos ir a la cafetería.

Me tomó de la mano y no habíamos llegado al final del pasillo cuando Dana me clavó las uñas en el brazo. Me tragué la protesta cuando vi al doctor que caminaba hacia nosotras. Alto y de piel bronceada, con la bata blanca y la vista fija en su iPad. Me resultó conocido y lo confirmé al ver su nombre en el bolsillo de la camisa.

—¿Señor Liverman?

El hombre se detuvo y le tomó unos segundos reconocerme.

—¿Herrera?

—¡Sí!

No pude evitarlo y lo abracé.

—Nunca pensé que lo volvería a ver. Nos dijeron que estaba trabajando en la ciudad.

—Por varios años, sí. Tuve que mudarme y... pedí un traslado. —Se aclaró la garganta. Quizás mi abrazo lo había incomodado—. ¿Qué tal tu amiga? ¿Knox?

—Embarazada.

Frunció el ceño. No era precisamente la respuesta que esperaba, pero yo estaba nerviosa.

—Digo... que está bien. Está embarazada y tuvo un dolor, entonces vinimos, pero está bien.

—Me alegro. —Me dio una sonrisa tensa, algo raro porque siempre había sido extrovertido y amable—. Mándale saludos a tu madre y a los Knox.

—Les diré. Ellis, el hermano de Erika, también está aquí. Seguro se alegra de verlo.

—Trataré de pasar por ginecología cuando termine mi turno.

—¡Perfecto! Quizás podemos... —Recordé que Dana seguía a mi lado—. Lo siento, señor Liverman. Ella es Dana, una de mis mejores amigas.

No movió un músculo cuando el señor Liverman le ofreció la mano. Le tomó varios segundos corresponder al gesto.

—Un placer, señorita.

Dana no contestó y Liverman siguió su camino sin mirar atrás.

—Era el doctor de nuestro instituto —expliqué—. También nos ayudaba a repasar Matemática cuando nadie entendía al profesor a cargo… Eso era siempre. Todas estaban locas por él. Erika lo adoraba.

Casi diez años después y hasta yo seguía poniéndome nerviosa de tenerlo en frente. Era demasiado atractivo para su propio bien.

—Nunca se relacionó con ninguna estudiante más allá de lo que le correspondía —aclaré—. Es como doce años mayor y en el instituto eran como tres vidas, además de ilegal. Es muy correcto, quizás por eso renunció. Yo no querría andar entre adolescentes tratando de conquistarme. —Un escalofrío me recorrió la espalda—. Pero era excelente como doctor.

—Tanto que se fue a la ciudad a estudiar oncología.

Giré a verla.

—¿Lo conoces?

Se encogió de hombros.

—Mi madre y su tratamiento. Formaba parte del equipo que la atendía y... nos llevábamos bien, o eso creía.

—Pero te saludó como si...

—No se debe acordar de mí.

Algo me pareció extraño en su tono de voz, pero Dana era de las que escogían compartir todo o nada. La enfermedad de su madre había empezado en su adolescencia y se extendió hasta su primer año de la universidad. La experiencia la marcó profundamente.

Si le preguntaba por qué había mirado así a Liverman, se incomodaría, algo que le pasaba siempre que estábamos en un hospital. Además, se suponía que íbamos a comer.

—Ya se me quitó el hambre —dijo cuando retomé el camino a la cafetería.

No protesté y volvimos con Ellis. Iba a decirle a quién me había encontrado cuando Lucas apareció.

—¿Pasó algo? —preguntó Ellis.

—Todo está bien, pero... —Nos miró alternativamente—. Creo que van a tener que ir a la cabaña a buscar unas cosas. Erika va a dar a luz.

❄

—Yo conduzco.

—Alex, estás nerviosa.

Le quité las llaves a Ellis.

—Solo quiero concentrarme en algo más.

—¿Con esta nieve?

—Tengo más experiencia conduciendo en este clima.

—Pero yo lo hago mejor. Deberías…

Lo ignoré, encendí el motor y salí a la carretera. La camioneta estaba preparada para moverse en plena nevada, y las había visto peores. Igual la visibilidad era reducida.

—Alex, todo va a estar bien. Escuchaste al doctor. Confundieron las contracciones de Braxton Hicks con el inicio del trabajo de parto, pero...

—El bebé está bien y es un parto prematuro tardío. No pasará nada. No estoy sorda.

—Pero estás de mal humor.

—No es cierto. Solo quiero llegar a la cabaña a buscar lo que necesitan Erika y el bebé. Fin.

—No tienes que enojarte conmigo.

—Si te molesta mi estado de ánimo, podías haberte quedado en el hospital —espeté—. No te pedí que vinieras.

—No te voy a dejar sola cuando estás así.

—¿Así cómo? No tengo nada.

No contestó. Sentía sus ojos sobre mí y apreté el volante, concentrada en la carretera. Era terrible conducir así y Ellis lo habría hecho mejor. No iba a aceptarlo.

—Alex... ¿estás así porque tienes un retraso de cinco días?

—¡¿Qué?!

El auto patinó ligeramente y me tensé. Bajé la velocidad.

—Olvídalo. Hablamos después —dijo.

—No, después no. Yo no tengo ningún retraso.

—Reina, conozco tu ciclo menstrual a la perfección y desde hace una semana debías tener el período.

—No, eso no es cierto.

—Si quieres revisar tu aplicación, podemos detenernos.

No iba a parar por algo tan absurdo. Mi mente comenzó a hacer cálculos mientras el silencio se extendió. Poco a poco, los días que se habían ido volando fueron cayendo en su lugar y el terror me golpeó. Tenía razón.

Pasé tanto tiempo preocupada por dejar todas las cosas resueltas antes de tomar vacaciones, que había olvidado mi período. Yo jamás me atrasaba, no tenía sentido a menos que... Me empezaron a temblar las manos.

—Detente y déjame conducir —murmuró.

—¿Por qué? ¿Estoy demasiado hormonal como para ocuparme de algo importante?

Ya no sabía ni lo que estaba diciendo.

—No es «estar hormonal», pero sí es culpa de tus hormonas. Si tu ciclo se atrasa, sigues produciendo hormonas que ya no deberían estar ahí. Es normal que te sientas inquieta, más sensible, con menos paciencia. Creo que has estado durmiendo bien, pero igual afecta tu cuerpo, tu energía.

—¿Ahora me vas a explicar cómo funciona mi cuerpo? ¿Crees que estoy loca?

—Solo te estoy recordando por qué puedes necesitar ayuda. No es personal o que andes… loca, es biológico. No pasa nada.

Odiaba que fuera tan comprensivo y que supiera de cosas que le pasaban a mi cuerpo y no al suyo.

—Estoy bien —mascullé.

—Si añades el estrés por la preocupación…

—¡No sabía que tenía un atraso! No estoy preocupada por eso... —Tragué con dificultad—. Bueno, ahora sí.

—¿No lo habías notado?

—No… yo estaba bien, o eso creía.

Quizás por eso había estado reaccionando exageradamente ante cada situación que se me presentaba.

—No te hablé del tema porque pensé que no querías conversar con todo lo que ha estado pasando en…

—¿Te refieres a que rechazaste un trabajo por mi culpa?

Resopló y pasó un brazo por detrás de mi asiento para acercarse.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que eso no tiene nada que ver contigo? Me refería a la presión de tu trabajo y que si peleamos por... —Se detuvo—. Eso no es importante ahora.

No dije nada por mucho que él esperó a que lo hiciera.

—No quería atormentarte —continuó—. Un atraso puede ser normal y estabas enojada conmigo, con trabajo acumulado.

En nuestros dos años como pareja, Ellis había ido robándose mi capacidad de pensar racionalmente. Con el tiempo, él se volvía más comprensivo y yo más impaciente.

—¿Crees que estoy embarazada? —me atreví a preguntar.

La cabina se quedó en silencio. El miedo me invadió con todas las imágenes de Erika en las últimas horas. No tenía que ser, pero la posibilidad nunca era nula.

—No creo, somos muy responsables. Tú también estás ahí cada vez que follamos, ¿o es que no lo recuerdas?

Lo miré con mala cara y me dio una media sonrisa.

—Pero existe la…

—Existe, pero no te atormentes con algo que no ha pasado. Puedes hacerte una prueba cuando regresemos al hospital, así estás más tranquila.

—No creo que pueda concentrarme en algo que no sea Erika por esta noche.

Frunció los labios.

—Entiendo… pues cuando estés lista me avisas y hacemos la prueba.

Me concentré en la carretera. La nieve ya no era intensa; se veía un poco mejor.

Se suponía que habíamos puesto una pausa a nuestra discusión, pero el acuerdo se había desdibujado desde que habíamos subido al auto. El silencio solo me hacía darle más vueltas a la situación.

—¿Es por eso que rechazaste el trabajo sin decirme nada? ¿No querías preocuparme?

Alzó una ceja.

—No sabía que tenía que pedirte permiso.

El tono divertido en su voz hizo que la vergüenza me calentara las mejillas.

—No dije eso. Me refería a que no lo conversaste conmigo antes, pensé que podíamos hablar de todo lo que nos pasara y llegar a acuerdos con tal de...

—Alex, es solo un trabajo. No lo quiero y prefiero mil veces quedarme contigo.

Me escocieron los ojos. Definitivamente me estaba afectando el atraso de mi ciclo, fuera por la razón que fuera. Tener conocimiento de lo que pasaba en mi cuerpo intensificó mi preocupación, y salieron a flote pensamientos que inconscientemente había mantenido encerrados.

—¿Y si te arrepientes? No quiero que un día te despiertes a mi lado pensando que dejaste ir una oportunidad única.

—Nada es único. Las oportunidades se construyen, en especial cuando tienes el privilegio de trabajar en lo que te gusta. Una vez me dijiste algo parecido. ¿Lo recuerdas?

Asentí.

—Tengo muchos planes para el futuro, e irme a Mervins no está entre ellos a menos que tú quieras mudarte. Preferiría que no, pero esa sí es una conversación que podemos tener para llegar a un acuerdo.

Contuve las lágrimas. El miedo no se iba de mi pecho. Iba a explotar si seguía controlándome. Detuve el auto en la cuneta.

—Conduce tú.

Por el resto del camino no hablamos. Al detenernos frente a la cabaña, estaba oscuro debido a la falla eléctrica. Me bajé primero y Ellis me alcanzó. Me tomó de la mano e hizo que diera la vuelta.

—¿Estuviste enojada estos días porque pensaste que podía arrepentirme de no aceptar un trabajo?

Mantuve la vista clavada al suelo. Me tomó de la barbilla.

—Perdón —murmuró—. Si me hubiera dado cuenta de que esa era la razón, no habría dejado que esta tontería se extendiera por más de una semana.

—No tienes que disculparte por…

—No quiero que vuelvas a pensar eso, jamás. —Tomó mi rostro entre sus manos—. Nada en este mundo haría que me arrepintiera de estar contigo.

Mi cuerpo se relajó. Definitivamente, mis hormonas eran una locura. De haber entendido que eso era lo que me pasaba, lo habría dicho antes y con una simple oración él habría borrado mis inseguridades.

—Soy yo la que se tiene que disculpar y lo haré —murmuré—, pero no ahora. Hay que volver al hospital.

Dejó un beso en mis labios.

—Exijo una compensación física con esa disculpa —bromeó.

Le di la espalda conteniendo una sonrisa. Apuré el paso, y estaba a mitad del camino que conducía a la entrada de la cabaña cuando las luces de la calle chisporrotearon. Solté un chillido y a la vez las guirnaldas se encendieron. La luz me cegó y me tapé los ojos.

—¡Sigue caminando! —gritó Ellis—. No mires a...

—¿Por qué...?

Mis ojos se acostumbraron a las luces danzantes en rojo, blanco y verde. El diseño era igual a lo que había dibujado semanas antes para decorar la cabaña. La única diferencia era en el techo inclinado. Demasiado pegado a la izquierda y en grandes letras se leía algo muy distinto a lo que había imaginado:

«¿Te casas conmigo?».

Me costó unas diez lecturas comprobar que no estaba delirando, incluso me froté los ojos. Seguía nevando y no confiaba en mi visión. Las palabras no cambiaron.

Giré sobre mis pies y encontré a Ellis, que se inclinó, pero no para apoyarse en una rodilla, sino para arrodillarse frente a mí.

—Llevo una semana dejando que estés enojada con tal de que no me prestaras demasiada atención porque estaba preparando una sorpresa, pero todo se arruinó.

Los comportamientos extraños de mis amigos cobraron sentido, así como la cara de decepción de Ellis cuando tuvimos que encender velas para la cena porque había fallado la electricidad.

—Llevo meses sabiendo que hoy quería hacer esto, y mi hermana decidió dar a luz el mismo día.

Rio por lo bajo. Le brillaban los ojos, estaba más hermoso que nunca. Las manos me temblaron cuando sacó algo de su bolsillo.

—Compré esto el día en que volví a la ciudad, antes del cumpleaños de Carla, cuando nos reencontramos. Fue muy atrevido de mi parte: gasté todo lo que tenía en mi cuenta bancaria, pero lo vi y supe que era el anillo que te regalaría algún día.

Abrió la cajita y en el interior acolchado de terciopelo rojo descansaba un diamante oval rodeado de pequeños diamantes y abrazado por un fino aro de oro.

—Nuestra primera boda fue a los seis años, con anillos de papel, y no he vivido un día en el que no sienta que he estado comprometido contigo en cuerpo y alma, pero eso era un juego de niños, así que... —Exhaló un suspiro—. Alexandra Herrera, ¿me concederías el honor de ser tu esposo?

Mis mejillas se humedecieron y el aire frío me hizo estremecer. Toda mi vida había soñado con ese momento y ahí estaba la persona que siempre había amado haciéndolo realidad.

—Este momento debía haber sido más mágico y...

—Es perfecto.

Un par de lágrimas se escaparon de sus ojos y las limpié para que no se le congelaran.

—Contigo siempre es todo perfecto —murmuré.

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—A lo mejor tengo que pensarlo…

Los dos reímos. La nieve, las luces, el frío, el lugar, el anillo… Ellis. Me sentía flotando en un sueño.

—¿Crees que puedas decidir rápido? —preguntó.

—¿Me estás presionando?

—No, pero se me están congelando las rodillas.

—Oh, lo siento. Ponte de pie si...

Me tomó las manos y el anillo brilló en la caja.

—Responde.

Quería que lo hiciera mientras él estaba de rodillas.

—Sí. Por supuesto que quiero casarme contigo, Ellis Knox.

Me tomó en brazos y me hizo dar vueltas en el lugar. Los dos nos encontramos llorando y balbuceando sentimientos empalagosos,

como decía Dana. Sus labios rozaron los míos. Nunca me había sentido tan feliz.

—Dame tu mano.

Tomó el anillo y se detuvo antes de hacerlo oficial.

—No podrás escaparte de mí después de esto.

Sonreí.

—Nunca escaparía del amor de mi vida.

Le temblaron las manos al ponerme el anillo; era hermoso. Me besó una y otra vez. De alguna manera, Ellis siempre sobrepasaba mis expectativas.

—Te amo —murmuré.

—Te amo. —Me miró a los ojos—. Y planeo hacerte la mujer más feliz del universo.

ACERCA DEL AUTOR

Meera Kean. Amante del romance caótico, el terror y el misterio. Escribe 24/7. Adicta al drama y el café. Sueña con adoptar un gato, pero es obligada a vivir con tres perros.

❄

OTROS DE SUS LIBROS:

Cómo NO superar a tu ex
Comedia romántica. Enemies to lovers. Compañeros de piso.

No te enamores de Nika y No te enamores de Mia
Romance juvenil. Enemies to lovers. Vecino misterioso.

Mi crush literario
Comedia romántica. Personaje ficticio sale del libro.

❄

Primera edición: diciembre 2025

© Meera Kean, 2025

Corrección: Valentina González (@estrafalaria.a)

ISBN: 9798278408192

Imprint: Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.